

San Alberto Hurtado S.I

QUÉ ES LA VOCACIÓN

La Acción Católica ha venido preocupándose de los problemas de especial importancia para la orientación de la vida cristiana: un mayor conocimiento de la persona adorable de Jesucristo, este año la campaña de la santa Misa, la difusión del santo Evangelio. Ahora, urgida a ello por la autoridad de los Obispos de Chile, y movidos éstos, además de su propio celo, por las insistentes recomendaciones de Su Santidad, que en varias ocasiones se ha dirigido a ellos apremiándolos a considerar el problema del sacerdocio en nuestra Patria, nos propone como tema de consideración y estudio para toda esta semana, el de la vocación al sacerdocio.

El tema no puede ser de mayor importancia para la Iglesia, dado lo que es la misión del sacerdote en el Cuerpo Místico de Cristo. Al sacerdote confió Cristo la administración de sus sacramentos, que son en su Iglesia el medio por excelencia, y el camino ordinario de la efusión de la Gracia. El bautismo que lo incorpora al Cuerpo Místico, y que sólo en caso de grave necesidad puede ser conferido por laicos; la celebración de la Santa Misa, que es la renovación en nuestros altares del sacrificio de la Cruz, el acto más excelente que se realiza bajo los cielos, el acto que mayor gloria da al Padre, más que todos los trabajos apostólicos, los sacrificios, las oraciones... y este acto, el centro de la vida cristiana, sólo puede ser realizado por los sacerdotes; la Eucaristía, participación del santo Sacrificio, sólo las manos sacerdotales pueden distribuirla; la purificación de las almas manchadas por el pecado ha sido confiada al sacerdote; y no menos sólo él puede ungir los cuerpos con el óleo del perdón; bendecir el matrimonio; predicar con autoridad la palabra de Cristo.

En aquellos países en que el sacerdote católico ha desaparecido la Iglesia ha terminado por desaparecer... Pueden permanecer un tiempo aislados algunos católicos, pero la ausencia de la predicación, la infiltración de los errores, supersticiones, el auge de los vicios que se enseñorean, al sentirse debilitada el alma por la falta de los sacramentos, hace que al cabo de algunos años la Iglesia muera. Así ha pasado en Dinamarca, Suecia, Noruega, en África, en algunas regiones de Alemania e Inglaterra, en otros tiempos ardientes de fe católica. Cristo ha prometido a la Iglesia su indefectibilidad, pero no le ha prometido la indefectibilidad en tal o cual país, si la vida cristiana en ellos no se desarrolla normalmente.

Por eso no sólo como católicos, sino como católicos chilenos, nos interesa en forma muy particular la suerte del sacerdocio en Chile, el cual, como nos lo va a hacer ver Domingo Santa María, atraviesa por grave crisis. Sin sacerdocio renacen los vicios, la embriaguez... El Cura de Ars decía: dejad durante veinte años a los fieles sin pastor y no faltará allí quien adore a las bestias y viva como ellas.

Es, pues, el problema de la vocación sacerdotal un problema cristiano en todo el sentido de la palabra, que interesa no sólo a unos cuantos escogidos, que podrían estudiar su vocación, sino que es un problema de todos los cristianos: problema de los padres que quieran dar educación cristiana a sus hijos; problema de los jóvenes que necesitan un guía en sus años difíciles, para que los dirija en sus crisis de adolescencia; problema de los pobres que han menester de un padre que se interese por sus necesidades; problema de los que aspiran a formar un hogar, que necesitarán guías de sus conciencias, directores espirituales; problema de los que no tienen fe, problema que ellos no echan de ver, pero por eso es aún más pavoroso, que necesitan de alguien que desinteresadamente les tienda la mano para que los saque del infierno al que se precipitan por sus pasiones; problema de los enfermos que buscarán en vano quien les aliente a entrar serenos en la eternidad, y quien consuele a sus parientes y amigos.

Toda la vida cristiana está llena del sacerdote, y todos debieran interesarse porque su número sea cada vez mayor, y sobre todo porque aumenten en espíritu, porque el número sólo es carne, y la carne no aprovecha de nada el espíritu, la santidad es la que vivifica (cf. Jn 6,63). Santos, pero también muchos, porque la actividad apostólica de cada hombre tiene un límite, y una vez sobrepasado ese límite, sus fuerzas no dan para más... y quedarán los demás sin ningún auxilio en sus necesidades.

La búsqueda de Dios, pp. 246-247